



REVISTA FESTIVA

(TODOS LOS TRABAJOS SON INÉDITOS)

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

PEDRO DE RÉPIDE
La mordaza de Oteló.

ANTONIO DE LEZAMA
Los espíritus.

ENRIQUE GARCÍA ALVAREZ
Epigrama.

A. SANZ
La señora de Putifar.

FÉLIX RECIO
La ciencia y la realidad.

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ
Conjunción.

JACINTO CARMÍN
De la autobiografía de un pequeño
burgués.

PEDRO LUIS DE GÁLVEZ
Carmen.

LUIS ARAQUISTAIN
Página de besos.

BALDRICH LORENZO
La envidia.

PEPE ONTIVEROS
Mis aventuras amorosas.

TOVAR, BARRACHINA, MIGUEL y
ALFONSO

Caricaturas y retratos de Julia Galia-
na, Margarita López y otros dibujos.



JULIA GALIANA

No se concibe una Compañía de mujeres guapas sin que figure en ella esta «tontería»... de primera tiple.

5 cénts.



**Si quiere usted un «socio», noble dama,
 busque á Gómez-Hidalgo ó á Lezama...**

Desde Aldea del Rey (Ciudad Real)
 me escribe una señora con más sal
 que en todo Torrevieja pueda haber,
 y que debe de ser

—á mi modo de ver—
 una mujer
 fenomenal...

Su nombre de «Lucrecia» da á entender
 que esa hembra tan juncal
 (esto es un suponer)
 debe de poseer
 la rígida moral

que prefiere la muerte al deshonor.
 Pues ¡no hay tal!...

Porque, amigo lector,
 te lo voy á decir
 —aunque le sepa mal—:
 esa «socia» me acaba de escribir
 haciéndome el amor,
 con lo cual ha ofendido mi pudor
 realmente virginal;
 sí, señor...

¿Que te diga el por qué
 de que se me declare? No lo sé...
 Sin duda es que esa dama del honor
 abollado es lectora asidua de

LA HOJA DE PARRA, y
 piensa que soy un joven seductor
 (¡pobre de mí,
 ya estoy «fané»!),
 y anhela que le dé
 mi dulce sí...

¡Qué cosas «tié»
 la tal «gachí»!

¿«Verdá ústé»?...

Me llama «cariñito», ¡vive Dios!
 y «nene», y «alma mía y de los dos»;
 y—por lo que se ve—
 quiere que me la tire de Don Juan
 (Tenorio; no La Cierva, ¡voto á San!),
 y que falte á la ley
 «diendo» á Aldea del Rey
 (Ciudad Real),
 y que la saque: sí,

no lo toméis en mal
 sentido, que la saque yo de allí,
 y en un 30 HP
 me la traiga á «Madri»
 (la señora en cuestión lo escribe así)
 con objeto de ver el Carnaval
 que usamos por aquí...
 (Cosa muy natural.)

¿Eh, qué tal?

Yo, sí, la sacaré, ¡vive Dios!
 pero ¿qué iba á decir Doña Moral,
 la de Aldea del Rey (Ciudad Real),
 viéndonos á los dos
 en plena bacanal?...
 ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!
 ¡De seguro le daba un patatús!!
 ¿Y si fuera casada, ¡voto á San!,
 y en Aldea del Rey
 quedaba su marido haciendo el buey,
 mientras yo estaba aquí
 tirándomela siempre de Don Juan
 Tenorio (no La Cierva)? ¡Qué «gachí»
 tan atrevida y tan
 osada!... Con razón
 dijo San Agustín:

«que las mujeres son
 hijas de Lucifer ó de Satán,
 pues—sin temor alguno al qué dirán—
 nos buscan á los hombres con el fin
 (conste que lo traduzco del latín)

de arrojarnos, con sus
 cosas, del Paraíso terrenal...

y en la abominación
 del horrible pecado original...»
 Pero ¡ay! que á perro viejo no hay tus-tus,
 y yo nunca me olvido del final

de la oración
 dominical:

«... no nos dejes caer en la tentación;
 mas líbranos de mal.

Amén, Jesús.»

En vista de lo cual,
 yo—amante de la ley
 no quiero que un caprípedo haga el buey
 en Aldea del Rey
 (Ciudad Real)...

Carlos Miranda.

LA MORDAZA DE OTELO



RA Lucía un modelo de esposas amantes, lo mismo por lo de amantes que por lo de esposas.

—¿Es verdad que quiere tanto á su marido?—preguntaba acerca de ella una de sus amigas.

Y otra, de las más entrañables, respondió en seguida:

—Tanto, que usa los de sus conocidas para no gastar el suyo.

El esposo no sabía dónde poner á su vez á su Lucía, y ella por su parte no sabía ya tampoco, dónde ponerle á él.

Los amigos del buen Toribio Gacho, que este era el nombre del perfecto marido, hacíanle continuas y molestas alusiones á su condición gurruminesca que le tenía á todas horas pendiente de su mujer. Y le recordaban los días aquellos de una venturosa soltería en que Toribio se entregaba con verdadero frenesí á las pasiones más turbulentas y más debilitantes.

Pero ¡ay!, que aquellos días, ó mejor dicho, aquellas noches, habían sin duda pasado para no volver, como las ilusiones y los billetes de Banco. Toribio, víctima del amor conyugal, acostábase todas las noches á las diez en punto. Una noche intentó el muy calavera ir á ver una funcioncita al Coliseo Imperial, y su esposa le negó el permiso necesario. A bien que acabó por agradecerla aquella prohibición, hija del sincero cariño que su mujer le profesaba.

Pero las chanzas de sus amigos subían tan de punto y de tono, que hubo de decidirse á acompañarles en una escapada nocturna de esas en que se aburrían tanto, queriéndose convencer á ellos mismos de que se divertían mucho.

El asunto era peligroso. Lucía, que no con-

sentiría nunca que su esposo acudiera á altas horas de la noche hasta el sagrado de su alcoba, permitíase, en cambio, la pesada broma de levantarse del lecho cuando no tenía otra cosa que hacer y acercarse al aposento del marido, para informarse de si dormía con perfecta tranquilidad.

Por esta complicación, con la que había que contar, era difícil el subterfugio ideado y aconsejado por los amigos de Toribio. Tratábase de que el paciente cónyuge se recogiese solícito en sus habitaciones á la nora de costumbre,

y estando ya la casa [sosegada,

que dijo el clásico, se sirviese de un maniquí de trapo que, embutido convenientemente entre las sábanas, diese á la curiosa que mirase por el ojo de la cerradura, la impresión de que el esposo reposaba tranquilamente.

Y así hubo de verificarse al fin y al cabo. Aquella misma noche el monigote entrapajado sustituyó á Toribio, mientras el antiguo calavera, entregado á la orgía, bostezaba co-

mo un infeliz en un departamento de cierto colmado donde aguantaba las gansadas de unos amigos suyos y de sus respectivas socias, que no nos atrevemos á llamar, de honor.

De mañanita regresó á su hogar el esposo pródigo. Cuando á la hora de costumbre se entrevistó en el comedor con la linda Lucía, no advirtió en el semblante de la señora nada que hiciese suponer el descubrimiento de la superchería. El, por su parte, acentuó las carantoñas, renovando las amabilidades de los primeros días de matrimonio.

Por la tarde, arrepentido ingenuamente de su desliz de la noche anterior, quiso prescindir de su tresillo habitual en casa del teniente cura de San Ginés, y desde el café regresó

NUESTRAS COCOTAS



MARGARITA LÓPEZ

á su domicilio. Una vez en él, dirigióse al cuarto de Lucía. La puerta estaba cerrada, y durante un rato golpeó con los nudillos sobre ella. La voz de la esposa se oyó al fin:

—¡No, por Dios! ¡Vete, Toribio, por lo que más quieras!

—¡Abre, miserable!—clamó él golpeando

Con lo que, llegándose á la cama y descubriendo las vestiduras, mostróle su rival. Toribio saludó cortesmente á su monigote de trapo.

.....
El esposo, contentísimo de no haber encontrado á su ofensor, no por nada, sino porque tenía el sistema de evitarse disgustos y compromisos, prometióse no volver á ser infiel á su mujercita.

¡Ojalá hubiera hecho la esposa un juramento parecido! Porque, pasados pocos días, comenzó Toribio á recibir avisos alarmantes acerca de las costumbres de su señora y de la presencia en su estancia de algunos monigotes, que no eran de trapo precisamente.

Tanto le hincharon la cabeza, y tan pesada la sintió sobre sus hombros, que decidióse á entrar en el cuarto de Lucía, revólver en mano y dispuesto á todo.

A todo lo que no fuera molestarle mucho.

Lucía, impasible, le vió entrar.

Le vió cómo miraba y buscaba por todas partes.

En el lecho y bajo del lecho.

—¡Aquí no está!—mugía con desesperación.

—¡Aquí no está!—proseguía diciendo, registrando los rincones y tras de las cortinas del balcón.

Quedaba por fiscalizar el armario, ese armario salvador que hay siempre en las alcobas de las mujeres infieles. Abriólo con ademán gallardo... y allí había un caballero que muy expresivamente clavaba en él sus ojos y le apuntaba con otro revólver y en actitud indudable de no querer perder el tiempo.

Toribio, volviendo á cerrar impetuosamente el armario, exclamó otra vez:

—Pues tampoco está aquí.

Y siguió su requisa.



—Ahora, pimpollito mío, te puedes quitar la careta, y la ilusión será más completa.

—Pues por eso no me la quito.

la puerta, no ya con los nudillos, sino con la propia cabeza.

—¡Qué bruto eres!—se oyó decir dentro de la estancia, mientras la puerta, cediendo á los empujes repetidos, franqueaba el paso.

Lucía echó sus brazos al cuello del marido, quien se dió rápidamente cuenta de su desgraciada situación. Muy bruto tenía que haber sido para no enterarse, porque en el lecho de la infiel se destacaba la silueta de un hombre.

—¡Ah!—dijo Toribio, porque en esos casos debe ser muy difícil saber lo que se va á decir.

—No te apures—repuso entonces ella—yo te le presentaré.

Pedro de Répide.

LOS ESPÍRITUS

NADIE podía imaginarse cómo había llegado á Boaceit el conocimiento del espiritismo; pero el caso era que un número considerable de comadres y algunos apreciables vecinos, poseían los misterios de Allan Kardec y manejaban las mesas giratorias tan á la perfección, como la azada los unos, y el dedal y los zorros las otras.

Boaceit, encantador pueblecito aragonés rayano con Cataluña y Valencia, estaba asombrado con la novedad.

En el café, en el campo, en la fábrica, en la plaza pública, sólo se hablaba de los *espirits*.

Los buenos, *boaceitans*, en su pintoresco dialecto, mezcla de catalán y valenciano con provincialismos aragoneses, se comunicaban con los espíritus y hasta los consultaban cada vez que un negocio difícil ó un arduo problema torturaban su imaginación.

—*¡Noya, dona'm la tauleta, que no se com sorti de la venta de la oliva. Jo vull demaná la seua opinió al espirít del meu oncle Sebastiá!*

Y, claro, la mujer se agarraba al velador para que el tío difunto les aconsejase en el grave menester de la venta de cuatro arrobas de aceituna.

¡Oh, santa simplicidad, qué raigambre tenías en aquellos cerebros inocentísimos y crédulos!

Todo era inútil. Los consejos de los sabihondos del pueblo y las amenazas y predicaciones de Mosen Antoni caían en el vacío.

Cada día aumentaba el número de los que pretendían tratarse con los espíritus tan campechanamente como con sus deudos más cercanos.

Y lo peor y más peregrino del caso era que, á pretexto de asistir á las sesiones de espiritismo, los mczos y mozas, y aún algunas casaditas jóvenes, retozaban muy lindamente, aprovechando la semiobscuridad de la habitación donde se efectuaban los experimentos y las apreturas á que daba lugar lo numeroso de la concurrencia.

Mozo había que, sólo á regañadientes, efectuaba la imposición de manos sobre la mesa giratoria después de haberlas tenido media hora sobre ó bajo las morbideces de su linda vecinita.

Entre los más decididos espiritistas figuraban Martinet, el eterno rondador de rejas, y Bibiana, la del *Riquet*, una jamaona espíen-

dida en carnes y no menos generosa para apagar la sed de amores á cuantos necesitados se le acercaran.

Su marido, el *Riquet*, aseguran malas lenguas—también las hay en Boaceit—, que siempre supo del pie que cojeba la Bibiana; pero sus escrúpulos y dengues desaparecieron ante la perspectiva de unir á su floreciente patrimonio los pingües productos de

UN DIPUTADO JUERGUISTA



—Y mi mujer creyendo que estoy de sesión permanente... De sesión, puede; ¡pero lo de permanente!...

unas viñitas y de unos olivares que poseía Bibiana.

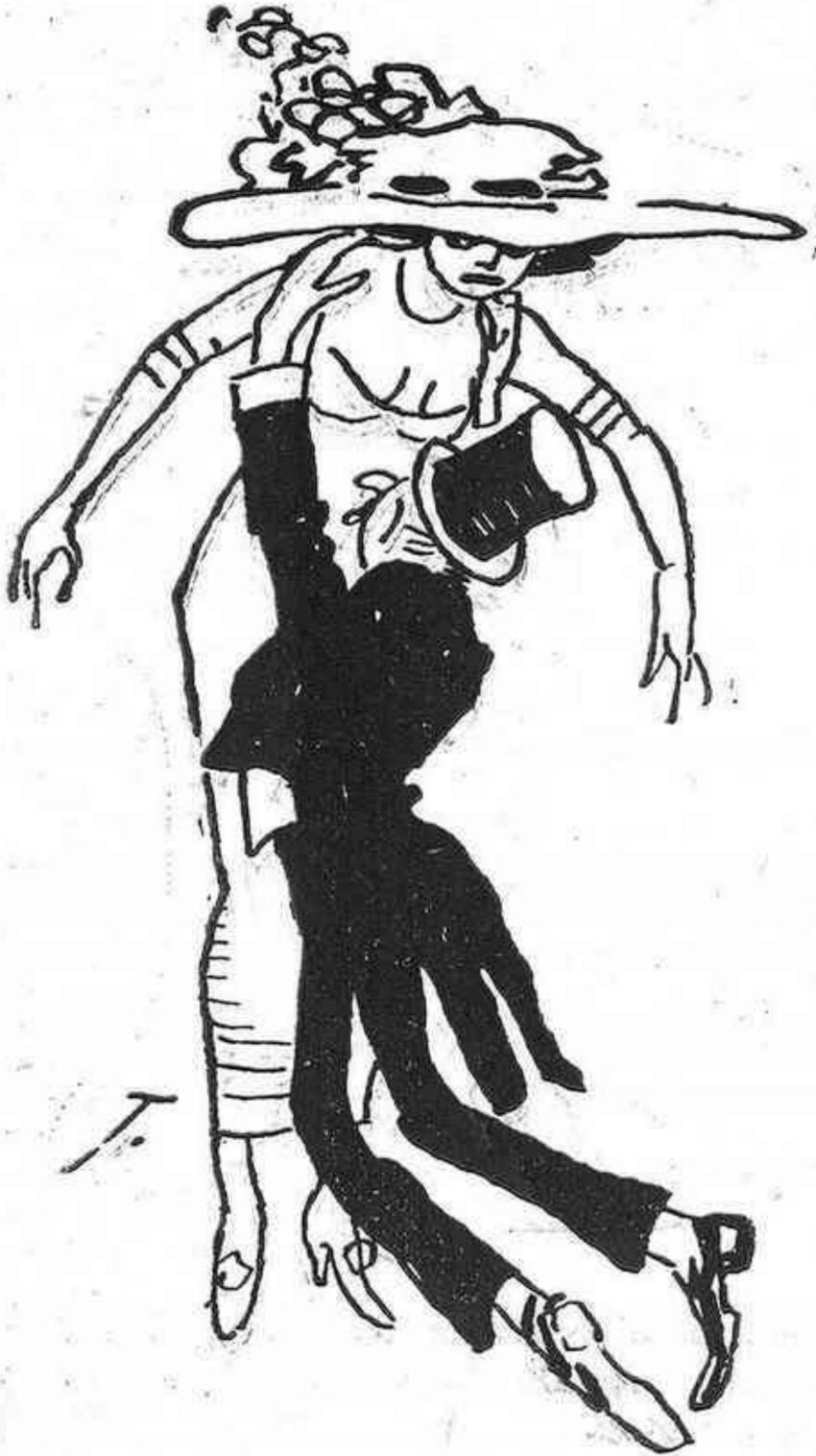
Eso sí; á él que no le viniere la mujer con tonterías, porque una cosa era ser tolerante y otra que la gente le señalase con el dedo. Pase que la Bibiana gastara bromas con los chicos que ella conocía de toda la vida; pero ¡mucho ojo con obligarle á echar mano de la garrota!

Como el miedo guarda la viña, Bibiana ponía mucho uento en sus devaneos, y sólo

cuando su marido se ausentaba del pueblo se permitía alguna aventurilla.

Pero vino lo del espiritismo, y Martinet y Bibiana acabaron por entusiasmarse, y, sin querer, incurrieron en garrafales imprudencias, poniendo sobre aviso al marido.

LA RAVIETA DEL NENE



—¿Pero qué haces?...

—¡Que yo quiero ostras!... ¡Que yo quiero ostras!...

Por el pueblo comenzaron las hablillas, y no faltó quien tomó á chacota las aficiones espiritistas de la casada y el mozo, y la mansa condición del esposo.

—*Ascolta, Riquet* —le decía una vecina — *la seña dona m'a dit qu'en la pasada sesió d'han vist empinat á una figuera.*

Esta y otras chungas más pesadas le habían puesto á Riquet la cabeza como un bombo, y le decidieron á comprobar la infidelidad de su costilla.

Eva pecadora y Adan adúltero cayeron en el lazo más inocente y gastado: el del viaje del marido. Esta añagaza de los casados escamones, tan vieja, pero tan prestigiosa y útil como el timo de los perdigones, surtió el apetecido efecto.

Apenas el sin ventura de Riquet anunció que pensaba asistir á las ferias de un pueblecillo próximo, los infieles se relamieron de gusto pensando en la juegucita que iban á correr, con grave detrimento de la santidad del matrimonio.

Una hora después de marchar Riquet recibían los brazos de Bibiana al gallardo Martinet, y otra hora más tarde saltaba el mozo por las bardas del corral, no sin haber recibido sobre su espalda de gañán la carretada de leña que con una más que regular tranca y brío le descargase el ofendido Menelao.



La noticia de lo acaecido en la casa de Riquet corrió por el pueblo como un reguero de pólvora; pero el espiritismo triunfó una vez más, porque Bibiana juraba y perjuraba que el bulto que Riquet vió en la nupcial cámara no era un hombre, sino un *espirit*, y el marido afirmaba, acariciando el puño de su recia cachiporra y mirando fijo á los mozos:

—*Recontra. Los espirits guarden be la meua casa. En la alcoba de le meuc dona un s'ha deixat esta garrota.*

Antonio de Lezama.



EPIGRAMA

—Sabrás que Lili Quiñones habla con un viejo chocho, fabricante de jabones, que tendrá unos treinta y ocho ó treinta y nueve millones.

—¿Tantos millones?

—Sí, sí.

—Pues ahora es cuando me explico por qué hace poco Lili va diciendo por ahí que tiene un chocho muy rico.

Enrique García Álvarez

LA SEÑORA DE PUTIFAR

DE dar crédito á la historia, que según dijo el filósofo no es más que una serie de fábulas interesantes, Putifar, capitán, con el grado de comandante, de los ejércitos de Faraón, se había casado con una rubia hermosa, de ojos azules y expresivos, boca pequeña y espiritual, nariz bien cortada y un lunarcillo muy cuco sobre el labio superior.

Niftelis, que así se llamaba aquella beldad, si no mienten las crónicas, se educó en uno de los mejores colegios de pensionistas de la capital de Egipto, y de allí sacó vastísimo caudal de conocimientos, suficientes para saber lo que es mundo y lo que son los hombres, que en aquella época remotísima, lo mismo que en la presente, han sido objeto de detenido estudio por parte de las mujeres.

Dotada Niftelis de claro ingenio y suspicaz talento, cuando sus padres le propusieron el casamiento con el pacífico y meliflúo Putifar, echó de ver que aquel hombre se doblegaría fácilmente á los

caprichos de su esposa, porque era de carácter dulce y apacible, no frecuentaba malas compañías, y por no tener vicios, ni aun el de fumar tenía; que siempre estuvo arraigado entre los hombres de armas.

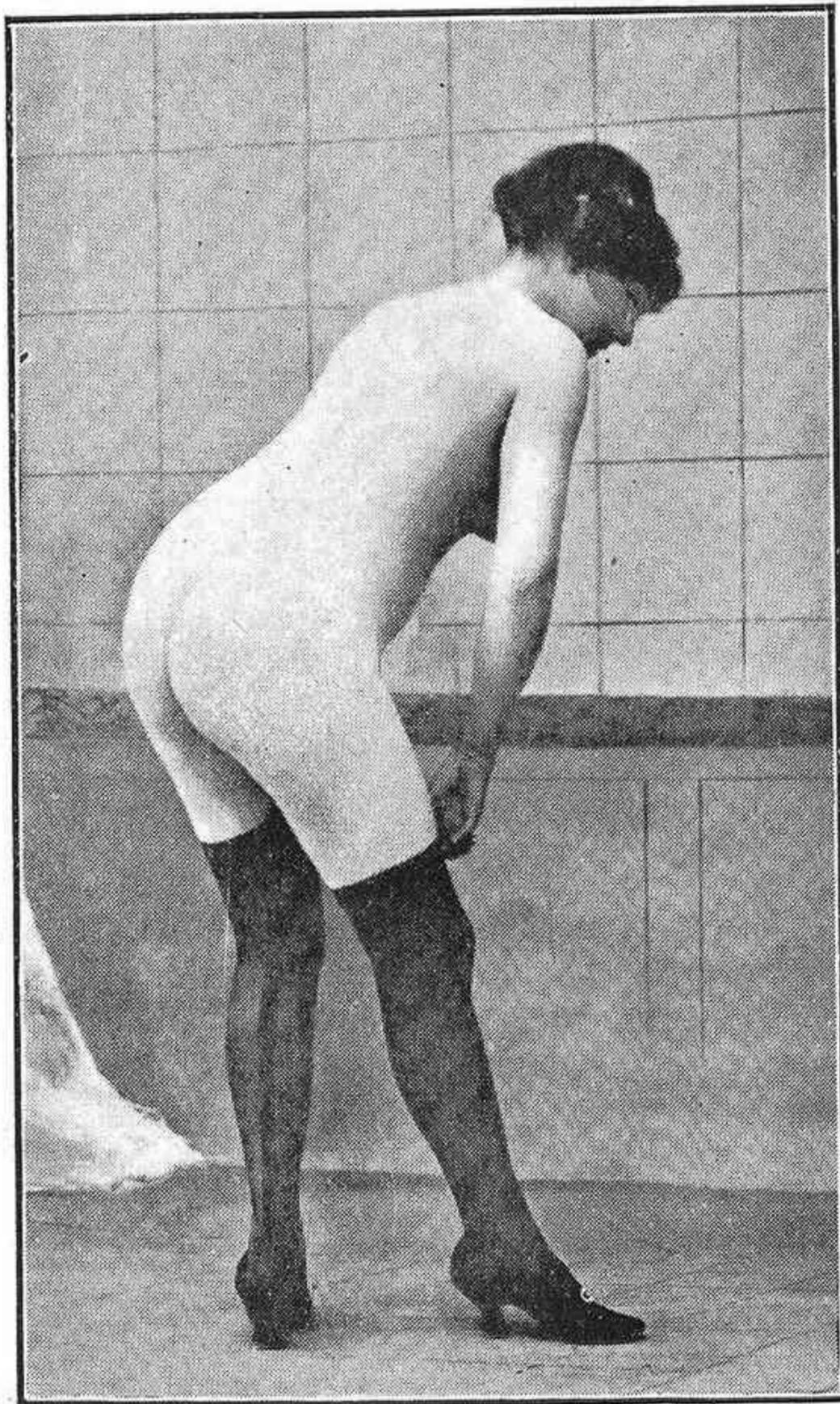
Casó con él, sin resistencia, y en cuanto la hermosa dama se vió libre de las trabas y

cortapisas que la ley egipcia impone á las solteras, pensó en aprovechar el tiempo que durase la frescura de su juventud, porque ya entonces, la experiencia demostraba á las mujeres que en llegando la vejez, con sus crueles manifestaciones de arrugas, calvicie, caída de dientes y muelas y pérdida de color, no había hombre que las requiebrase ni buscara anheloso una mirada tierna de unos ojos sin brillo, ni sonrisas de unos labios marchitos y descoloridos.

Aprovechó Niftelis las continuas ocupaciones de su esposo, que pasaba gran parte del día y de la noche en el cuartel.

Mientras Putifar, pundonoroso y fiel, se entretenía en los deberes de su cargo, la hermosa Niftelis,

NUESTRAS ARTISTAS



¿...?

unas veces luciendo vestidos soberbios y joyas riquísimas, y otras cubriendo las perfecciones de su cuerpo con un trajecillo de mala muerte, hacía frecuentes escapatorias por las calles principales de la ciudad, despidiendo fuego en sus miradas, prometiendo goces sin cuento con sus graciosas muecas, causando angustias y sobresaltos entre todos los galanteadores de profesión, que saludaban su presencia con ademanes de asombro y frases escogidas del repertorio galante, que en el egipcio, como en todos los idiomas, es bastante extenso. Aquellas correrías dieron por resultado una serie de aventuras amorosas, que escandalizaron á la ciudad. Desde los altos magnates y dignidades de la corte, hasta los modestos mercaderes que comerciaban con los productos de las riberas del Nilo, todas las clases sociales conocían las intimidades del tocador de Niftelis. Bastaba con ser fornido, vigoroso y de presencia agradable, para que la insaciable mujer pusiera en juego todas



—Pero, barón, ¿usted monta todavía?
—Se hace lo que se puede, marques' ta; se hace lo que se puede..

las argucias de su ingenio hasta ver al hombre rendido á sus plantas y convertido en fervoroso amante.

Durante bastante tiempo, tales trapicheos y tanta maña se dió Niftelis en ocultar sus liviandades, que el cándido Putifar, mientras llevaba por partida doble las cuentas de la Compañía y hacía con primorosa letra inglesa en los libros los asientos de paja y cebada, pensaba que el cielo habíale depurado para compañera de su vida una esposa ejemplar, modelo de perfecciones y virtudes.

Volvía Niftelis cierta noche de una de sus correrías amorosas, cuando al entrar en su casa sorprendió á una de sus esclavas, llamada Lame, en dulce y animado coloquio con un hermoso mancebo de presencia arrogante y musculatura hercúlea.

Inteligente en la apreciación de las cualidades físicas de los hombres, Niftelis advirtió á la primera ojeada que el mancebo era un soberbio ejemplar, digno de que le concediera sus favores.

Disimuló, no obstante, para no demostrar de buenas á primeras sus deseos, y una vez en su dormitorio hizo llamar á su esclava, interrogándola acerca del mancebo.

—¿Quién es ese hombre, Lame?

—Un esclavo israelita que poco há compró el señor Putifar, aprovechando una ganga.

—Es hermoso.

—Todos los de nuestra raza lo son—contestó con orgullo la esclava.

—¿Sois del mismo país?

—Y nos conocemos desde niños.

—Entonces ya no me extraña que estuviérais tan juntitos y hablárais con tanto calor.

—Hablabamos de nuestro país, señora.

—¿Cómo se llama?

—Pepe, señora.

—¿Tiene familia?

—Padre, madre y once hermanos que le vendieron á unos mercaderes egipcios.

—¡Once hermanos! Pues si sale á su padre, ese hombre debe ser una alhaja. Te felicito, Lame, porque un hombre así—añadió suspirando la esposa de Putifar— puede saciar completamente á la mujer más exigente.

—¡Ah, señora!—contestó Lame, exhalando otro suspiro no menos profundo que el de Niftelis,—no puedo admitir su felicitación, porque Pepe jamás ha dejado salir de sus labios una palabra de amor.

—¿Es posible?

—Como lo oye, señora. Pepe es la personificación de la castidad.

—¿Es que estudia para cura ó piensa meterse á fraile?

—No lo sé.

Permanecieron en silencio las dos mujeres por espacio de algunos minutos, hasta que Niftelis, como si hubiera tomado una determinación, dijo:

—Haz entrar á ese esclavo; me gustará tener un rato de plática con él.

Añadiendo para sus adentros:

—Veamos si espabilo yo á ese mancebo. Será el triunfo mayor que habré conseguido en mi vida.

Cuando José—á quien Lame llamaba familiarmente Pepe—penetró en el aposento de la esposa de Putifar, habíase Niftelis aligerado de ropa, y permanecía recostada en un diván, adoptando una postura provocativa. La túnica fina y trasparente que cubría su cuerpo, dejaba entrever las formas correctísimas de la encantadora mujer. El esclavo admiró las perfecciones que tenía ante sus ojos, y vaciló con paso de borracho, al mismo tiempo que sus mejillas se empañaban con el carmín del rubor.

—Acércate, Pepito—dijo Niftelis dirigiendo una mirada de pasión al israelita.

—Señora...

—Echate á mis pies y hablemos de tu país. He oído referir cosas extraordinarias á las que no puedo dar crédito á menos que tú me las confirmes.

—Tu esclavo soy, bella Niftelis. Manda y serás obedecida.

—Cuentan que á los hombres de tu raza, á los pocos días de nacer, los someten á una operación cruel y dolorosa. ¿Es cierto eso?

—Tan cierto es, que más de un individuo sufre las consecuencias de esa operación, porque suele suceder que los encargados de hacerla están poco diestros é inutilizan para siempre al hombre. Yo mismo, señora, soy uno de los que sufren eternamente, víctima de una torpe operación.

—¿De modo que?...

Niftelis miraba con enojo al hombre esclavo, y no atreviéndose á creer en la desgracia que sobre él pesaba, quiso cerciorarse por sí misma, á cuyo fin atrajo al mancebo amoroso.

Y el pobre José, antes de correr el mayor de los ridículos, maldiciendo interiormente las prácticas israelitas, abandonó la estancia, dejando en su precipitada fuga entre las manos de Niftelis la hermosa capa encarnada que su padre Jacob le regaló cuando el muchacho salió de quintas...

A. Sanz.

LA CIENCIA Y LA REALIDAD



SABE todo el mundo que don Cándido fué un médico inteligente y modernista, que desarrolló en su libro *Higiene del amor*, teorías muy originales. Según él, el semblante de las personas que la mujer vé durante su embarazo, influyen en el

CONFIDENCIAS DE CARNAVAL



El.—Yo en tu lugar rogaría al padre que reconociese al niño.

Ella.—Sí; pero lo difícil es que primere reconozca yo al padre.

desarrollo fisonómico del feto. Por eso decía:—«Los hijos se parecen á sus padres, á sus tíos, á todas aquellas personas, en fin, que viven en trato más continuo con la madre»...

Pero como el espíritu del pecado no duerme, resultó que mientras don Cándido se desojaba estudiando los problemas obstétricos más arduos, doña Estefanía, su mujer, que sin duda encontraba aburrido eso de ser esposa de un gran hombre, se dejó caer entre los brazos de su primo Eduardo.

De aquel tropiezo nació María...

Como los males nunca andan solos, sino que van cosidos y atraillados unos á otros como lo es'abones de una cadena, resultó

que más tarde, doña Estefanía cayó en el lazo que diestramente le tendiera Enrique, otro migo de su esposo.

Y por más que nos duela ser narradores de esta serie de abominaciones conyugales, habremos de decir que doña Estefanía fué recibiendo amablemente las amorosas insinuaciones de todos los íntimos de la casa:



—Sí, señor, aquí me tiene usted encantado de la vida. La comida sin cocer, y el chico desgañitándose porque no tiene ni biberón ni muda...

—Pero ¿y su señora?

—En el ropero de «La Go'a de leche».

Adolfo, Luciano, Claudio... A los cuales ella atribuía (y su opinión merece ser tenida en mucho) el nacimiento de sus tres hijos últimos: Gus avo, Casimira y Leoncio.

Y don Cándido, tan contento, corrigiendo la vigésima primera edición de su libro, que estaba obteniendo un éxito extraordinario.

El día de su cumpleaños, el afortunado doctor invitó á comer á todos sus amigos.

La cena fué muy alegre. El contento arrebolaba las mejillas del esposo; acababa de ser nombrado miembro de varias Sociedades científicas, y un editor de Berlín le había pedido permiso para publicar una traducción alemana de su libro. Don Cándido triunfaba.

A la hora del Campagne, el anfitrión tomó la palabra para brindar.

—Queridos amigos — dijo — á todos os considero como de la familia, y en cierto modo como á colaboradores de mi felicidad. Mi fortuna y mi prestigio de sabio han crecido en poco tiempo. Mis teorías obstétricas ya van abriéndose camino rápidamente; ahora ya nadie discute que el rostro de las personas que la madre ve durante su embarazo, no influyan en el semblante del hijo. De aquí, por ejemplo, que mis hijos se parezcan á amigos queridísimos míos: María á Eduardo, Josefa á Enrique, Gustavo á Adolfo X...

Pero doña Estefanía, reconociendo cuán discutibles podían parecer en aquella reunión las opiniones de don Cándido, le interrumpió, tapándole la boca con su mano regordetilla y roja.

—Calla, no prosigas — dijo sonriendo — vas á fatigarte; hablas demasiado...

Félix Recio.

CONJUNCION

Si después de morirme, alguna noche algo vago rondar sientes tu cama, que no dejes tus párpados cerrarse y te atormentes con ignotas ansias; si languidesces al contacto leve de un algo inmaterial que á ti se abraza, si sientes en tu boca un cosquilleo cual de piña de besos desgranada, y vaho intermitente y ardoroso de una respiración tu frente abrasa, no tiembles ni te asustes, es mi espíritu ¡que goza tu materia soberana!

* * *

Y si después de aquello, poco á poco, notas en ti transformación extraña, si sientes que las buenas intenciones sustituyendo van las tuyas malas, si te sientes capaz de noble anhelo y te sientes capaz de no ser falsa, y ves huir de ti la hipocresía del vicio, la ambición y la falacia, no tiembles ni te asustes; es el fruto de la noche nupcial, en que gozaras la esencia de mi espíritu amoroso, ¡á tu impura materia soberana!

Alfonso Hernández Galdá.

DE LA AUTOBIOGRAFÍA DE UN PEQUEÑO BURGUÉS

GOCÉ de las satisfacciones de mi digestión de pequeño burgués. Un vaso de café tomado sorbo á sorbo y un cigarro de quince céntimos fumado chupada á chupada, acabaron de dejarme repleto.

Y cuando salí del café andaba erguido y pausado, resoplaba calmosamente, mis manos estaban ligeramente acalenturadas y veía más vivos y más intensos todos los colores.

No sé por qué me encaminé á una callejuela solitaria, en la que se destacaba una casuca algo ennegrecida, de portalillo obscuro, con balcones repletos de macetas y persianas tendidas sobre los barandales.

Entré sin reparo, subí desembarazadamente, esperé á que una dueña abriera la cancela y pasé á la sala, tumbándome con desfado en el rojo sofá que hacía juego con las dos butacas y las cuatro sillas que rodeaban el económico velador del centro y con el cual y con algunas menos que medianas oleografías de asuntos amorosos, formaban el mobiliario de aquella habitación.

Un tufillo á perfumería barata hirió mi olfato y mi nariz se ensanchaba ansiosa de aspirarlo más y más. Sentía voluptuosidad, pero no delicada, elegante, artística, sino voluptuosidad enérgica, brutal, grosera; voluptuosidad propia de mi digestión; lujuria, en una palabra.

Tras la voz de la dueña que llamó á las niñas oí el tardo repiqueteo de algunas chinelas contra los peldaños de la escalera, y, una tras otra, entraron en la habitación en que me hallaba hasta tres muchachuelas desgarbadas, con chillones colores en las mejillas, el pelo caído en enredadas madejas sobre los bebés que cubrían sus cuerpos. Y, tras saludarme, intentando ocultar alguna sonrisa burlona, se dejaron caer, primero una, des-

pués las otras dos, en distintos asientos.

Y mi nariz volvió á ensancharse con más fuerza que las veces anteriores para adivinar quizá tras los perfumes que traían las niñas algo que apetecía más: el olor á carne. Me quedé con una. ¿Qué más daba? Yo no buscaba á ésta ni á la otra; buscaba una hembra.

.....
Y revolcándome jadeante sobre la blanca colcha de ganchillo, mientras me separaba de la frente los rizos de mi pelo pegados por el sudor, le hice preguntas; las de costumbre, que ella esperaba de mí, como de todos, y á las que contestó como á todos contestaba.

Pero alguna pregunta fué contestada de otro modo, quizá en tono más bajo, con más sinceridad, y yo insistí en preguntarle de aquello y ella siguió hablando más bajocada vez y yo me aproximé más á ella y nos enlazamos en un abrazo.

—¡Maldito sea el muy...! Le quise, te lo juro, sin interés. Lo desprecié todo, llegué á todo y me veo aquí por él. Me dejó con dos niñas: una la tengo en ama, otra vive aquí conmigo. ¡Es más bonita!... ¡Pobrecita mía! En este mundo todo es farsa... ¿Yo, ilusiones? Ninguna. ¿Deseos? Criar mis niñas. ¿Querer? A nadie. Haré caricias á cualquiera, á todos; besaré al que llegue... Querer, no quiero á nadie; es decir... algunas veces le quiero á él todavía...

Como el que lee un capítulo de un gran maestro, poco á poco mi atención se había

ido sometiendo á un yugo dulce. Al yugo de las palabras de aquella mujer. Y yo hablé también, recordé mis amores, los de aquella que juraba adorarme, con la que hubiera sido un marido modelo, honradote, metódico, y que después lo olvidó todo en un día, en el que supo que mi porvenir había sufrido grave tropiezo, que era dudoso el mañana para mí.

LA CASTA SUSANA



— Qué barbaridades dicen algunos hombres. ¡Si será gorda la de ese, que yo misma me he ruborizado!

—Yo sufrí mucho al principio—dije—, pero luego me serené, recobré ánimos, luché por mí, por mí sólo, fui desde entonces egoísta, y hoy, con mi panza llena, mi vaso

LOS BAILES DEL REAL



—Dime, nenito, cuando llegue al descanso, ¿te vendrás?

—Allá veremos, hijita...

de café, mi cigarro puro y cinco pesetas en el bolsillo... ¡tan ricamente!

Pero, créelo, allá, en el fondo del alma, queda algo muy amargo, los restos de las ilusiones de otros días, la falta de fe en el porvenir...

Y nuestro abrazo fué tan estrecho, que sentí mucho calor en mis mejillas; lloró ella y... no me pude contener, lloramos juntos.

.....

—Adiós, rico. Hasta cuando quieras.

—Adiós.

Una voz angelical desde arriba:

—Mamita, deja á ese *hombre* y ven, que *teno hambe*.

Jacinto Carmin.

SUCEDIDOS...

La señora de Pérez, separada de éste, ha vivido varios meses con un amante. Hace días, sintiéndose en estado... hoy interesante, gestionó que su esposo la perdonara, y al cabo ha vuelto al hogar conyugal.

—¿Y por qué vuelves á reunirse con tu marido?—la preguntaba ayer una amiga indiscreta.

¡Qué se yo, chica!—contestó la de Pérez— ¡Un antojo de embarazada!...

CARMEN

En un barrio chulapo del Madrid romanaciste. De tu rostro la española belleza [cero] otros tiempos evoca de clásica majeza y el encanto divino de algún lienzo goyesco.

La poética Florida te recuerda en un fresco. Te brindó Pepe-Hillo su más grande proeza. Y un príncipe poeta cantó la gentileza de tu andar menudito, gracioso y picaresco.

Fuiste reina una noche. El rey en las Vis- [tillas] cual un bravo chispero del viejo Maravillas, puso á tus pies la alfombra de su capa encar- [nada]

y tus blancos chapines, como dos mariposas que volasen, alegres, sobre un plantel de ro- [sas] huyeron en la noche, cálida y perfumada.

Pedro Luis de Gáñez

Quedamos en la carretera, yo sin dinero y anochecido.

(H A B L A N D O)

NIEVES (*pálida y ojerosa*).—¡Ay... Ay... ¡Ay Ontiveros! No puedo más.

YO.—¿Qué te pasa?

NIEVES.—El corsé que me aprieta.

YO.—¿Te lo aflojo?

NIEVES.—Si llevo encima pantalón, enagua y falda, y, además, treinta corchetes abrochados á la espalda. (*Dando un traspies*). ¡Ay, que me escuro!

YO.—Ven aquí entre estos árboles, que no nos verá nadie y te ayudaré.

NIEVES.—No puedo llegar. ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza!

YO.—No seas tonta. Esto le pasa á cualquiera. (*Nos vamos á donde creí no nos verían y conseguí desabrocharla. Me separé por un rato de ella, y aunque se me hacia tarde para llegar á tiempo al teatro, no juzgué oportuno dejarla sola. Cuando me llamó, me aproximé para ayudarla á ponerse presentable, y cuando estaba terminando mi cometido, apareció un indio viduo de la Benemérita.*)

ESCENA II

GUARDIA CIVIL.—¡Ya podían ustedes tener más educación!

YO.—Señor guardia, creo que usted se ha equivocado.

GUARDIA CIVIL.—¿Querrá usted negar lo que estoy viendo?

CUADRO SEGUNDO

Trozo de la carretera del Pardo, comprendido entre el Campo del Recreo y la Estación del tranvía.

PERSONAJES DE ESTE CUADRO

NIEVES (*mareada y con cólico á la vista*).

YO (*como si tal cosa*).

UN GUARDIA CIVIL (*como todos*).

Es ya de noche.

Música en varios merenderos.

(H A B L A N D O)

NIEVES (*balanceándose*).—¡Ay, Ontiveros! Yo me pongo muy mala. Usted me ha echado en la comida algo.

YO.—Pero hija, ¡por Dios! ¿Qué te iba yo á echar para perjudicarte?

NIEVES.—Polvos de esos que venden las gitanas y que sirven para enamorar. ¡Ay! Yo estoy muy mala. ¡Ay, Ontiveros! Yo le quiero á usted hace tiempo, pero esto es una infamia! Usted ha abusado de mi ignorancia. ¡Soy muy desgraciada!

YO.—Pero hija, ¡por Dios! Y van dos veces. ¿Cómo te voy á perjudicar si quiero que seas madre de mis hijos?

NIEVES.—Usted es un infame. ¡Ay! (*En este momento se lleva las manos al corsé como si quisiera arrancárselo*).

YO.—¿Te pones mala? Eso es la langosta.

Vente aquí, entre los árboles, desabróchale el corsé y verás como te alivias.

NIEVES.—Me da vergüenza.

YO.—Anda tonta, que eso pronto pasa.

NIEVES.—¡No puedo más! Desabrócheme los corchetes de la espalda. (*La empieza á desabróchchar y cuando llega á la falda de barros, se sienten pasos. Nieves sigue quejándose como si tuviera un cólico y aparece un Guardia civil.*)

Para dar una idea de lo que sigue, tengo que contar un incidente que me ocurrió el día que toqué por primera vez en una procesión.

Por aquella época comía yo de una manera tan extraordinaria, que mis compañeros de oficina, en la sección de quintas de la Diputación provincial de Granada, trataron de verme harto de comer, y en un banquete con que nos obsequiaron los que vivían de explotar á los reclusos, pusieron cuatro cubiertos más que comensales, para que yo diera fin de ellos.

El amor propio, que siempre fué y sigue siendo el acicate de todos mis actos, me obligó á deglutir sin violencia (al parecer), aquella enorme cantidad de alimentos, un café y dos flanes. Después gané apuestas, y ya en el cuartel, un día abusé tanto de mi estómago que me pusieron de mote *Catorce ranchos*. Cuatro quintas de salamanquinos se acordarán de este sobrenombre.

El mismo día de cometer este conato de suicidio, tuvimos que ir á tocar en la procesión de un barrio popular.

Como no podía disponer de fondos para tomar licores digestivos, me desquité con dos tra-

gos de agua, que surtieron su efecto. A los tres cuartos de hora de llevar el ros á la espalda, sujeto con el barbuquejo, no me fué posible sujetar de igual modo el desarreglo intestinal, y á pesar de mis sobrehumanos esfuerzos, á cada resoplido con que hacía sonar al trombón, una evacuación involuntaria me hacía sufrir y desencansar al mismo tiempo. Mis compañeros, y sobre todo los que venían detrás, no podían disimular el mal efecto que les producía el aspirar un aroma que á mí mismo me trastornaba.

Afortunadamente D. José Tawlet (un músico mayor), se dió cuenta de mi apuro, y al pasar junto á un juego de pelota, me empujó y me dijo: — Espera ahí á que te traigan ropa y calzado, y otra vez avisa, que estás deshonrando al regimiento.

Respiré al verme separado de mis colegas y ellos respirarían también con más libertad al ver que me quedaba á mis anchas. Volví al obsucurecer al cuartel, pero con algunas prendas menos: camisa, calzoncillos y calcetines.

Me dió vergüenza que los lavaran. Siempre que veo ura «gran parada» ó formación militar de duración me acuerdo de lo que cuento y compadezco, por lo menos, á cincuenta, que se verán en este caso, y á quinientos (por lo menos también) que regarán el pavimento, y no sólo con el sudor de su frente.

Sentado este precedente, seguro que no habrá lector ni lectora que desconozca estos apuros por experiencia, vuelvo á mi sainete, ó sea á lo que á Nieves le ocurrió y á mí me pudo costar caro,

PÁGINA DE BESOS

Entre las manos la ardorosa frente
y ante la blanca página que espera,
inútilmente invoco á la ligera
la ingrata musa que abrasó mi mente.

De pronto, por detrás, calladamente,
se acerca mi adorable compañera,
y aunque procura que en la alfombra muera
el leve paso, su avanzar se siente.

Y echándome de súbito los brazos,
me ofrece, como exótica sorpresa,
sus frescos labios en que Amor anida;
y sobre la hoja de inescritos trazos
los besos de su boca que me apresa
estallan como cantos á la vida...

Luis Araquistain.



LA ENVIDIA

I

Juana, la moza más juncal de Botuleque,
se había propuesto no casarse con Blas si
éste no dejaba el vicio del tabaco.

—Contra más juerte mejor—decía Blas
alardeando de buen fumador.

—¿A que no te fumas—le solían decir—
esta tagarnina encendida y apagada diez
veces?

—¿Que no? Vais á verlo.

Y sacando la mecha de la faja encendía y
sumergía en un vaso de agua la tagarnina,
repitiendo la operación hasta que sus com-
pañeros le decían basta.

Cuando terminaba de dar la última chu-
pada, exclamaba:

—¿Qué, compadres, me la jumé ó no me
la jumé?

—Sí, hombre, sí—repetían á coro—;ya ve-
mos que á tí no te vence naide á eso.

Y se marchaba Blas orgulloso de sí mismo.

La víspera de la boda prometió á su sue-
gra, en vista de las consideraciones que le
hacía, no volver á fumar.

Se efectuó la ceremonia y se divirtieron de

lo lindo. A la una de la madrugada se acos-
taron los novios, mientras la rondalla del
pueblo echaba al aire en la puerta de la casa
las alegres notas de un pasodoble.

II

Por la entreabierta ventana entra la clari-
dad del nuevo día. Juana, sentada en la ca-



—¿Cómo me vas á poner el conejo, Rai-
munda?

—A la francesa, señorito.

ma, llora. Blas, tapado hasta los ojos, ronca
muy fuerte.

Se tira de la cama ella y se viste de prisa
y sale á la calle con dirección á casa del se-
ñor cura.

—Qué, ¿pasaste buena noche?—la pre-
guntan las amigas maliciosamente.

Por fin, llega á casa del señor cura, y lla-
ma. Él mismo sale á abrir.

—Señor cura—dice suspirando—¿No me
dijo usted que Blas?...

Y tan bajo pronuncia las últimas palabras
que apenas si se oyen.

—Sí, hija mía—contesta el cura con cara
de extrañeza.

¡PRODIGIOSO! ALEXGO ¡MARAVILLOSO!

—Pues ni esto—dice Juana, chascando la uña del pulgar con sus dientes blancos.

—Vaya, mujer, vaya, vete tranquila, que yo se lo diré en cuanto le encuentre por ahí.

No había pasado mucho rato cuando el cura halló á Blas y le dijo:

—¿Qué tal pasaste la noche de novios?

—Como soltero—dijo secamente.

—¿Y, dime, cómo fué eso?

—Pues, padre, como no se fuma, no se *chanela*.

—¿Cómo? ¿No fumas ya?

—¿No sabe usted que no me deja mi suegra?

—No lo sabía.

III

—Mira, Juana—decía el cura en casa de la madre de ésta rato más tarde—, compra una cajetilla y dásela á Blas esta noche.

—Si ya no fuma—interrumpió la seña Claudia.

—Los hombres casados tienen que fumar mucho y comer mucho.

Por fin convenció á la seña Claudia y Juana compró la cajetilla.

Dióselas á Blas en cuanto se metieron en la alcoba, diciéndole:

—Toma, Blas, como te quiero tanto, fúmatela delante de mí esta noche.

—Gracias, Juanilla. ¿Me das un beso?—dijo poniéndole las bastas manos en los hombros.

—Uno, no; ¡mil!...

Se desnudaron y se metieron en la cama; Blas saboreó el primer pitillo y apagó la luz.

IV

Con cara de sueño y ojerosa, decía Juana á su madre y al señor cura á la mañana siguiente:

—Tengo un sueño que no veo; en toda la noche he pegado los ojos. Blas ha estado fuma que te fuma...

—Toma, Juana, vete al estanco y traite muchas cajillas pa tu padre—dijo la seña Claudia echando mano á la mugrienta faltriquera.

Baldrich Lorenzo.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Oubas, 7.—Madrid

¿Por qué no se debe fumar?

PEDID EL FOLLETO DEL EMINENTE

= Doctor D. Antonio Martín Orozco =

Y OS CONVENCERÉIS DE LOS PERJUICIOS QUE ESTE ARRAIGADO VICIO OCASIONA

Se facilita **GRATIS** en todas las buenas Farmacias de España

y en la **Sociedad Anglo Ibérica - Apartado 350 - Madrid**

LA HOJA DE PARRA

• REVISTA FESTIVA •

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:

MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO



Apartado de Correos número 547

MADRID

En Valencia: **VICENTE PASTOR, Victoria, II.**

En Barcelona: **NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL**